

LA REALIZACIÓN DE LA PAZ COMO PROBLEMA ÉTICO CONTEMPORÁNEO

Zoilo Cuéllar Sáenz*

RESUMEN

Ante la necesidad humana de lograr un ideal de paz, en este trabajo se plantea la necesidad de reconceptualizarla, de tal manera que se entienda como un ámbito en el cual no desaparece el conflicto, sino que se le permite enriquecer las relaciones humanas en los planos individual y social, mediante el reconocimiento de las diferencias, factor necesario para la posibilidad de vida y el crecimiento de las sociedades. Este vínculo se propone como un aspecto dinámico y necesariamente cambiante, que impulsa hacia el desarrollo positivo en todos los niveles.

PALABRAS CLAVE: paz, no violencia, conflicto, amor, valores, sociedad.

ABSTRACT

The ideal peace is proposed as a different concept in the development of the individual human being and its society. It is necessary to realize that peace is an ambit in which the conflict and differences between individuals and communities enrich them if they are allowed to exist as an enhancing factor instead of a target to avoid. Peace is seen here as an ambit where love and recognition of the others, trace the possibility of life itself.

KEY WORDS: *peace, not-violence, conflict, love, values, society.*

En la actual problemática de violencia social surge permanentemente la pregunta por la paz, sus posibilidades y las estrategias por las cuales se puede lograr. Una necesidad humana y social que cada vez se hace más fuerte, hasta el punto del establecimiento de resistencias civiles, escudos humanos y diferentes manifestaciones de rechazo a la guerra y a la violencia en general.

Una guerra que ahora toma forma de violencia intrafamiliar, defensa a ultranza de negocios deshumanizantes, tales como el tráfico de armas y drogas, terrorismo, amenazas y presiones de naciones fuertes sobre las débiles, y toda suerte de actos, que lo que

buscan, en última instancia, es la imposición de los intereses particulares de individuos, grupos o sociedades, sobre quienes piensan (o quieren) diferente.

Al margen de ese panorama, nuestra evolución hacia la globalización y nuestra pretensión de universalidad nos han puesto de manifiesto las enormes diferencias que sostienen a la humanidad y las brechas filosóficas, culturales y políticas que nos separan, pero que al mismo tiempo nos obligan a encontrar esa piedra de toque que fundamenta nuestra propia humanidad, y en sí la vida humana que ciertamente compartimos.

Una y otra vez llegamos al punto en el cual aquella pregunta común por la paz nos abre hacia posibilidades que, de alguna manera, nos cuestionan nuestra misma esencia y nos empujan a la realización de ya no

* Médico oftalmólogo. Profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Sabana.
E-mail: zoilo.cuellar@unisabana.edu.co



tanto una perfección humana personal, sino principalmente la perfectibilidad de la sociedad civil, de la sociedad global. En otras palabras, la posibilidad de la vida de la sociedad humana.

Por un lado, es sorprendente que se hable con mayor vehemencia de la paz, justo en medio de las mayores guerras. Por el otro, es imperativa la inaplazable búsqueda de perfeccionamiento humano en condiciones óptimas, y por ello se reconoce (manifiesta o tácitamente) el establecimiento de un ámbito idóneo, en el cual se puedan desarrollar aquellas características perfectibles del ser humano. A este ámbito le llamamos paz.

Salta a la vista que para la sociedad contemporánea, el concepto de paz se identifica con el de no guerra, no violencia o, incluso, ausencia de conflicto.

Igualmente, es evidente que la paz, valor fundamental del hombre y de la humanidad, se ha convertido en un sustantivo cuya percepción se ve distorsionada por la mezcla del concepto dentro de los niveles individual, social y global. A mi juicio, cada nivel comporta una manifestación diferente de la paz. Quiero decir con esto que, en el ámbito individual, la paz conlleva sensaciones y emociones de tranquilidad y de reposo, mientras que a nivel global representa efectivamente una situación de progreso, desarrollo y armonía.

En todo caso, como bien puede señalarse, el valor de la paz corresponde a un adjetivo, a una cualidad real de una materia diferente a ella misma: el ámbito de la vida. Pienso que la paz es una condición que favorece la vida, o, dicho de otra forma, la posibilidad de la vida se produce en la medida en que esta se presente en el ámbito de la paz.

El problema surge, precisamente, cuando nos proponemos lograr “la paz” y esperamos determinados “resultados”. En otras palabras, se espera “tocar la paz”, “percibir la paz” o “vivir la paz”, mientras, en realidad, solo podemos vivir la vida “en” paz. Si no tenemos claro qué esperamos, el estado de desconcierto en los ámbitos individual y social puede ser tal, que esto a su vez genere una reacción de características impredecibles.

Por ello, pongo de manifiesto que la paz no es, ni puede ser, un estado absoluto, donde se produzca la pasividad y la ausencia de conflicto. Por el contrario, es una situación característica de un momento de vida plena, floreciente y fértil, donde es posible la perfectibilidad y la plenitud perseguida por el ser humano.

Un estado de pasividad, quietud y no interferencia corresponde a una situación de equilibrio absoluto, encontrado solamente en sistemas cerrados o carentes de vida. La vida, en esencia, depende del constante movimiento entre puntos de inestabilidad cercanos al caos y al reordenamiento consecuente, de una manera irreversible en el tiempo. Los criterios clave en el entendimiento de los sistemas vivos son: la autopóiesis, como patrón subyacente en el fenómeno de la autoorganización o autonomía; una estructura disipativa, que necesita de un flujo constante de materia para permanecer viva y mantener su orden propio, y, finalmente, un proceso de cognición, entendiendo la actividad organizadora de los sistemas vivos, a todos los niveles de vida, como una actividad mental¹.

¹ Capra, F. *La trama de la vida*, cap. 7, Barcelona, Ed. Anagrama S.A., 2000.



Se entiende, entonces, que un proceso tal no es solo un agregado de partes, que interactúan gracias a las diferencias entre las mismas. Estas distinciones deben entenderse como transformaciones, que revelan una jerarquía de prototipos lógicos inmanentes en los fenómenos mismos. De ahí que no podemos concebir un sistema vivo sin el reconocimiento de la diferencia inmanente y la dinámica del cambio, como consecuencia de la interacción de los nodos participantes. Esto nos introduce en el paradigma del realce del vínculo por encima de los vinculantes y nos induce a alejarnos de la necesidad del equilibrio, para pasar a los necesarios puntos de no equilibrio, que nos permiten entender cómo un sistema puede mantenerse vivo. En otras palabras, cómo es posible la vida.

Estos vínculos sobresalientes los podemos identificar como los conflictos necesarios para generar cambios y evoluciones propias de las tendencias hacia la perfección o la corrupción, las cuales se caracterizan por un diferente nivel de complejidad. Es decir, suele apreciarse que la tendencia hacia la perfección vence una resistencia mayor que aquella igual pero opuesta, hacia la corrupción.

En las sociedades, las diferencias se hacen ahora más evidentes, al contar con medios de comunicación más expeditos, que nos muestran el enorme pluralismo que nos sustenta como una sociedad humana viva. Nos es cada vez más patente e ineludible la alteridad, pero ahora con un realce mayor del vínculo que nos une.

La vida de la sociedad civil se encuentra en un punto de permanente cambio y transformación, que exige una participación necesaria de la diferencia en la trans-

formación y el cambio. En otras palabras, lejos de pretender un equilibrio, requerimos de las diferencias como cualidad necesaria para la posibilidad de la vida.

Entonces, nuestra tan anhelada paz pierde por completo su calidad de quietud y estabilidad, y nos propone una nueva visión, más real, del valor que pretendemos. Nos encontramos frente a una pregunta que nos plantea una respuesta diferente. La paz no puede ser esperada con aquella óptica mecanicista de equilibrio absoluto, y nos adentra en el mandamiento nuevo propuesto en el Evangelio: el mandamiento del amor.

Entiendo el amor como el vínculo mediante el cual se reconoce la alteridad. Se desea, pero no se pretende poseer o destruir, sino, por el contrario, se desea para permitirle su crecimiento, en la medida en que se logra el propio. Exige darse sin perderse, con la satisfacción de perfeccionarse en el acto puro de la entrega. Bien difícil. Es más fácil (y más corruptible) esperar la entrega del otro.

Aquel “amarás al prójimo como a ti mismo”² se convierte en la forma de alimentar y mover esa pasividad y ese equilibrio, con el objeto de evitar el colapso y favorecer el crecimiento mutuo, y propone el inicio del esfuerzo necesario, desde el yo (amarse a uno mismo) hasta el no yo, hacia la alteridad. Crea el conflicto, favorece el conflicto, necesita del conflicto, y lo resuelve permanentemente en nuevo crecimiento, en novedad, en vida. Una constante tensión, que posibilita la vida del individuo, de la comunidad y de la sociedad en general, así como la protección del ambiente, de la ecología.

² Evangelio según San Mateo, 22, 39.



Pero, ¿cómo es posible hablar de amor hoy en día, en una sociedad democrática que supuestamente fortalece los intereses de los individuos y otorga el poder a la comunidad? ¿Será posible entender el amor dentro de una sociedad fortalecida por los conceptos de competencia y lucha por el poder? ¿No es este un concepto demasiado romántico? El problema real consiste en determinar cuál es el concepto de amor y qué implicaciones puede tener en las sociedades, entendidas entonces como niveles de complejidad diferentes al meramente individual. El problema está en entender cómo se decide y cuán lejos podemos estar de comprender que no deberíamos hacerlo por mayoría ni consenso, sino mediante el diálogo y la participación. Por ahora, las minorías no cuentan, no se les permite participar realmente.

Durante el proceso de maduración del ser humano se pasa de un casi absoluto narcisismo al reconocimiento de otros seres humanos que comparten nuestro espacio y tiempo, reafirmando de esa manera nuestro carácter humano. El proceso de maduración social ha mostrado un recorrido histórico similar, expuesto predominantemente por medio del establecimiento de identidades que pudieran entenderse como nacionalismos, etnias, etcétera, hacia la evidente globalización que nos compromete.

Además, descubrimos más fácilmente en “el otro” las características negativas, que tanto tememos, y comprobamos con frecuencia “cómo la maldad de este (el ‘otro’) nos amarga y dificulta la vida”³. Sin embargo, “la vida es difícil... la vida es una serie de problemas y

no necesariamente el causante es ajeno a nuestro ser. ¿Hemos de lamentarnos o hemos de resolver aquellos problemas?”⁴. ¿Hemos de señalar al responsable o debemos asumir la realidad mientras buscamos crecer en medio de la dificultad y por gracia de ella?

Esta dificultad se traduce en sufrimiento, originado, según Freud, en “la supremacía de la naturaleza, la caducidad de nuestro cuerpo y la insuficiencia de nuestros métodos para regular relaciones humanas en la familia, el Estado y la sociedad”⁵. De todo ello, la identificación de la amenaza de perder el amor del prójimo nos causa la mayor de las desdichas. “Sin amor ni *filia* la humanidad se atrofia y quedamos en manos de la inhóspita ley de la jungla”⁶. Pero ese sufrimiento “parece pertenecer a la trascendencia del hombre”, con un “carácter creador” que permite el crecimiento⁷.

En la obra de teatro *Asesinato en la catedral*, de T. S. Eliot, Thomas Becket pronuncia en el sermón de navidad algo muy sugestivo:

“Pero pensad por un momento en el significado de la palabra ‘paz’. ¿Os parece extraño que los ángeles hayan anunciado la Paz cuando el mundo ha estado incesantemente conmocionado por la Guerra y por el

³ Freud, S. *El malestar en la cultura*, Bogotá, Alianza Editorial Colombiana, 1988, pág. 54.

⁴ Peck, M. S. *La nueva sicología del amor*, Buenos Aires, Emecé Editores S.A., 1999, pág. 15.

⁵ Freud, S., *op. cit.*, págs. 7 a 88.

⁶ Savater, F. *Las preguntas de la vida*, Barcelona, Editorial Ariel S.A., 1999, pág. 214.

⁷ Guido Davanzo destaca la propuesta de S. S. Juan Pablo II, quien en *Salvifici Doloris* realiza una reflexión del magisterio sobre el sufrimiento, entendiéndose este como un valor creativo y salvífico. En: Davanzo, G. *El sufrimiento*, Bogotá, Centro Camiliano de Pastoral SELARE, 1987.



miedo que ésta provoca? ¿Os parece que las voces angelicales estaban equivocadas y que la promesa ha sido una desilusión y un engaño?

”Reflexionad ahora de cómo Nuestro Señor habló de paz. Les dijo a sus discípulos: “Mi paz os dejo, mi paz os doy”. ¿Se refería a la paz tal como la concebimos nosotros: el reino de Inglaterra en paz con sus vecinos, los barones en paz con el rey, el dueño de la casa haciendo el recuento de sus tranquilas ganancias, la chimenea sin hollín, su mejor vino para un amigo sentado a su mesa, su mujer cantando a los niños? Aquellos hombres, sus discípulos, no conocieron estas cosas: viajaron lejos para sufrir en el mar y en la tierra, para conocer la tortura, la prisión, el desengaño, para morir martirizados. ¿Qué quiso decir Jesús? Si os lo preguntáis, recordad que también dijo: ‘Mi manera de dar no es como la del mundo’. Así pues, dio la paz a sus discípulos, pero era una paz diferente de la que el mundo da”⁸.

¿No será que ese constante temor al sufrimiento y esas tensiones nos hacen sentirnos amenazados los unos con los otros? O, como bien señala Savater, “lo mismo que nos une nos enfrenta”⁹. En efecto, vivimos en una sociedad que nos amenaza constantemente, o que, en términos físicos, nos genera, como sociedad, una entropía positiva, que nos exige un esfuerzo racional para vencer las distancias que nosotros mismos nos ponemos. Ahí está el reto. La gran diversidad de razones individuales –una por cada individuo vivo– nos enfrenta. Solo hay dos opciones, o aceptamos nuestras diferen-

cias o las enfrentamos. Enfrentarlas es más rápido y más fácil, pero a la larga se establece una cadena de rechazos y contrarrechazos interminable. El gran esfuerzo se da con la tolerancia legítima y con la aceptación real, o más que simple tolerancia, con un respeto activo que desemboca en solidaridad, entendiendo esta última como una solidaridad universal, donde se actúa no solo por los intereses propios o del grupo, sino también de todos los afectados por las acciones que se realizan.

Esas tensiones constantes se convierten en impulso para el progreso y nos permiten hablar realmente de una teoría de la evolución. De lo contrario, la sociedad colapsará sobre sí misma, como en un agujero negro.

Ese esfuerzo lo podemos hacer mediante el amor, cuya experiencia supone una extensión de los límites del yo, previamente reconocidos, hacia el objeto amado –el prójimo–, cuyo desarrollo deseamos promover. Es decir, suponemos que el prójimo se ve fortalecido y engrandecido con nuestro amor. Pero la dificultad radica en el hecho de que para poder hacerlo, el objeto en cuestión debe ser amado primero por nosotros y, por lo tanto, debemos entregarnos y comprometernos con él. Y ese es el mayor de los problemas. Siempre esperamos que alguien más comience a dar. No recibiremos nada sinceramente si no damos primero. ¿Y la motivación? “Apetecer un bien común, amarse a uno mismo en cuanto a miembro de una comunidad, y ser excelente en la actividad que versa sobre ese bien común”¹⁰.

⁸ Eliot, Thomas Stearns. *Asesinato en la Catedral* (1935). En: *The Complete poems and plays, 1909-1950*, Nueva York, Ed. Harcourt Brace, 1952, págs. 198-199.

⁹ Savater, F., *op. cit.*, pág. 203.

¹⁰ Cruz Prados, A. *Ethos y polis. Bases para una reconstrucción de la filosofía política*, Navarra, Editorial Taurus, 1999, pág. 189.



En definitiva, la paz no es ni quietud, ni mucho menos equilibrio. Para garantizar la vida de la sociedad, se debe obtener constantemente un estado lejos del equilibrio, al cual yo llamo paz, y cuyo objetivo es posibilitar la vida permitiendo la existencia simultánea de ideas complementarias y contradictorias, en una tensión sostenida por la tolerancia y la participación –características necesarias en la democracia del siglo XXI–, mediante el adecuado ejercicio del amor.

La violencia es un elemento real, que logra desestabilizar y crear desequilibrio, pero no facilita el desarrollo, lo frena, pues no sale del círculo desestabilizante. Si el Estado necesitara de la violencia, hechos como los de la no violencia, de Gandhi, serían grandes absurdos de la historia, y la realidad que todos conocemos es que permitió a la India fortalecer sus propias ideas democráticas. Mohandas “El Mahatma” Gandhi ostentaba una autoridad que “provenía del amor (y) su lealtad a unos pocos principios simples: la exaltación de los medios sobre los fines, la no violencia, la supremacía de la verdad, las virtudes curativas de la confianza y el respeto de las dudas de los demás, de sus retrasos en el tiempo, su medio ambiente y sus conflictos íntimos”¹¹.

La paz no es un concepto abstracto ni utópico. Es difícil, y exige compromisos verdaderos de quienes conformamos la comunidad global. Pero, así como difícil y necesaria, es también frágil y peligrosa, si no se comprende que con su presencia no se percibirá la desaparición de las diferencias ni del conflicto mismo.

¹¹ Fisher, L. *GANDHI. La vida del líder espiritual más grande del siglo XX*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor S. A., 1983, pág. 229.

Es entonces cuando recordamos que Su Santidad Juan XXIII, en la encíclica *Pacem in Terris*, nos propone cuatro pilares sobre los que reposa la paz: la verdad, la libertad, el amor y la justicia. Observamos cómo de la adecuada conceptualización de estos valores podremos, efectivamente, entrar en el terreno propicio para la paz.

Me parece importante señalar que uno de los valores cívicos más importantes en la búsqueda de la verdad es el diálogo, porque partimos de la convicción de que toda persona tiene al menos una parte de la verdad, constituyéndose, pues, en la manera más humana de resolver los problemas, ya que, como indicaba previamente, la violencia se cubre de un sino de reacciones espiraladas que no salen del círculo de agresión.

Quien dialoga en serio parte de la base de que el interlocutor tiene algo que aportar, no cree tener toda la verdad, está dispuesto a escuchar, está preocupado por encontrar una solución correcta y una decisión final, que responde a intereses universalizables¹².

Por su parte, la libertad se ejerce no solo como participación en la toma de decisiones, sino también como independencia mantenida con la solidaridad, pero principalmente una libertad como autonomía, lo cual exige cultivo y aprendizaje, nuevamente dentro del contexto de la solidaridad¹³.

Finalmente, el tema de la justicia lo identifiqué con el valor de la igualdad, y con ello quiero decir que el reconocimiento de la humanidad, como unidad en su

¹² Cortina, A. *El mundo de los valores*, Bogotá, Editorial El Búho, 2002, págs. 88-89.

¹³ *Ibíd.*, págs. 73 a 80.



esencia, amén de las diferencias individuales, nos hace partícipes de una dignidad única. No hay lugar para la discriminación. Hay sitio para la diferencia. No hay lugar para que la ley siga pretendiendo el fortalecimiento de las mayorías, olvidando sin más a quienes carecen de poder o de fuerza suficiente. Precisamente, es en el reconocimiento de las diferencias, en la misma medida en la que se da valor a la esencia que nos identifica, en donde podemos movernos como justos. Y es la justicia el valor que articula el respeto a la libertad y su potenciación, el fomento de la igualdad, la realización de la solidaridad, como también la toma de decisiones comunes de manera dialógica, teniendo por interlocutores a todos los afectados por ellas¹⁴.

¹⁴ *Ibíd.*, pág. 90.

Si cada individuo es respetado en su dignidad, si cada pueblo, cada nación o territorio es valorado por sus aportes y sus diferencias, que hacen la diferencia, la paz podrá montar su tienda y quedarse. El problema que planteo es precisamente en la resonancia de utopía que parece tener.

Se debe pretender, precisamente, darle al conflicto el toque de importancia que merece, en el entendimiento de que él favorece el desarrollo de todos. La realización de la paz no corresponde a la llegada. No es habitar un paraíso dibujado por los trazos magníficos de la fantasía humana. Se trata, precisamente, de establecer las pautas para la viabilidad de la diferencia en la manifestación más pura del amor, abandonando la exclusión como bandera y favoreciendo la coexistencia de diferentes percepciones, comprendiendo que es a la vida a quien le debemos el esfuerzo.